

Stella

Johann Wolfgang von Goethe

## PERSONAJES

STELLA.

CECILIA, que al principio aparece bajo el nombre de  
SEÑORA SOMMER.

FERNANDO.

LUCIA.

ADMINISTRADOR.

MAESTRA DE POSTAS.

ANITA.

CARLOS.

MOZO DE POSTA.

CRIADOS.

## ACTO PRIMERO

### *Una casa de postas*

MAESTRA DE POSTAS y CARLOS. *Suena la trompa de un POSTILLÓN*

MAESTRA DE POSTAS. — ¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS. (*Acercándose.*) — ¿Qué ocurre?

MAESTRA DE POSTAS. — ¿Dónde diablos estabas? ¡Ven en seguida, que ya llega la diligencia! Haz que entren los viajeros y coge sus equipajes. ¡Vamos, muévetel! ¿Y encima vas a hacer muecas?  
(*Carlos sale.*)

MAESTRA DE POSTAS. (*Llamándole otra vez.*) — ¡Aguarda! ¿Es que hay que achucharte continuamente, perezoso? Un mozo de mesón debe estar siempre atento, siempre alerta. Cuando un puerco como éste se convierte en señor, todo está perdido. Si algún día vuelvo a casarme, no tendré para ello ningún otro motivo. Es muy difícil para una mujer llevar sus asuntos completamente sola.  
(*Entran la señora Sommer y Lucía, con vestidos de viaje.*)

LUCÍA. (*Llevando una maleta. A Carlos.*) — Déjame; no pesa mucho, coge mejor el cofrecillo de mi madre.

MAESTRA DE POSTAS. — Para servirles, señoras. Llegáis en buena hora, la diligencia nunca llega tan pronto.

LUCÍA. — Tuvimos un joven postillón muy alegre y gentil; con gusto daría con él la vuelta al mundo; por otra parte, no somos más que dos, y nuestro equipaje no es muy pesado.

MAESTRA DE POSTAS. — Si queréis comer, será preciso que tengáis la bondad de esperar un poco; aún no tengo la mesa dispuesta, calculando la llegada de la diligencia.

SEÑORA SOMMER. — Yo os pediría solamente un poco de sopa.

LUCÍA. — En cuanto a mí, no tengo prisa; atended a mi madre.

MAESTRA DE POSTAS. — En seguida.

LUCÍA. — ¡Un buen caldo...!

MAESTRA DE POSTAS. — El mejor que tengo.

(Sale.)

SEÑORA SOMMER. — ¿No podrías deshacerte de ese tono de mando? El viaje habría tenido que hacerte más prudente. En todas partes hemos pagado más de lo consumido. Y nuestra situación...

LUCÍA. — Aún no nos ha faltado...

SEÑORA SOMMER. — Pero hemos estado muy a punto.

(Entra el Postillón.)

LUCÍA. — ¡Bien, valiente muchacho! ¿Cómo va esto? Vienes a pedir tu propina, ¿no es cierto?

POSTILLÓN. — ¿No os he llevado como el mejor de los postillones?

LUCÍA. — Esto quiere decir que mereces la mejor propina, ¿no es así? Si tuviera caballos, serías tú mi cochero.

POSTILLÓN. — No por ello estoy menos a vuestro servicio.

LUCÍA. — ¡Toma!

POSTILLÓN. — ¡Muchas gracias, señorita! ¿No vais más lejos?

LUCÍA. — Hoy nos quedamos aquí.

POSTILLÓN. — Entonces, adiós.

(Sale.)

SEÑORA SOMMER. — Veo en su rostro que le has dado demasiado dinero.

LUCÍA. — ¿Ibamos a dejar que se marchara descontento? Ha sido tan servicial... Vos decís siempre, mamá, que soy caprichosa, pero por lo menos no soy interesada.

SEÑORA SOMMER. — Te ruego, mi querida Lucía, que no cambies el sentido de lo que te digo; estimo tu franqueza tanto como tu buen corazón y generosidad; pero estas virtudes lo son en cuanto se emplean a su debido tiempo.

LUCÍA. — Mamá; este lugar me gusta realmente mucho. La casa que hemos visto aquí cerca, ¿es la de la señora a quien he de hacer compañía?

SEÑORA SOMMER. — Estoy encantada de que el lugar de tu destino sea de tu agrado.

LUCÍA. — Veo que debe ser tranquilo. Sin embargo, la

plaza mayor está animada como un domingo... La señora tiene un hermoso jardín; seguramente es buena persona. Ya veremos cómo nos recibe. ¿Qué miráis, mamá?

SEÑORA SOMMER. — ¡Déjame, Lucía!... ¡Feliz muchacha, a la que nada trae recuerdos! ¡Ah! Antaño mi suerte era muy distinta de como es ahora... Nada me resulta tan doloroso como el aspecto de una casa de postas.

LUCÍA. — ¿Dónde no encontráis pretexto para vuestras lamentaciones?

SEÑORA SOMMER. — ¿Dónde no había de encontrar motivos para ello? ¡Ah, hija mía, qué diferencia de cuando tu padre viajaba aún conmigo! ¿Qué se ha hecho de aquellos primeros años de nuestro matrimonio, de aquellos tiempos, los más hermosos y felices de nuestra vida? Todo tenía entonces para mí el encanto de la novedad. ¡Y atravesar en sus brazos tantos países, ver siempre lugares y objetos nuevos! ¡Ah! Su ingenio y su amor hacían que los más pequeños motivos fueran interesantes para mí.

LUCÍA. — También a mí me gustaría mucho viajar.

SEÑORA SOMMER. — Y cuando después de un caluroso día, tras de haber recorrido malos caminos en invierno y vencido mil pequeños inconvenientes propios del viaje, encontrábamos alguna posada como ésta, ¡con qué entusiasmo disfrutábamos de las más simples comodidades, sentados juntos en algún rústico banco de madera, y comiendo nuestra tortilla y las sabrosas patatas cocidas! ¡Ah! Todo era entonces muy diferente.

LUCÍA. — Ya es hora de olvidarlo.

SEÑORA SOMMER. — ¿Sabes tú lo que es olvidar? ¡Mi buena pequeña! Gracias a Dios, tú no has perdido aún nada que no pueda ser reemplazado... Desde el momento en que estuve segura de que había muerto, todas las alegrías de esta vida desaparecieron para mí: la desesperación se apoderó de mi corazón; eché de menos a Dios y me olvidé de mí misma. Apenas puedo ahora recordar aquella situación.

LUCÍA. — Recuerdo que estaba sentada en vuestra cama, llorando con vosotros, porque vosotros llorabais; no recuerdo nada más. Era en la habitación verde, en la camita. Me dolió mucho perder aquella habitación cuando nos vimos obligadas a vender la casa.

SEÑORA SOMMER. — Sólo tenias entonces siete años, y no podías saber lo que perdías.

(*Entran Anita, con el caldo, la Maestra de postas, y Carlos precediéndolas.*)

ANITA. — Aquí está la sopa de la señora.

SEÑORA SOMMER. — ¡Muchas gracias, hija mía! (*A la Maestra de postas.*) ¿Es vuestra hija?

MAESTRA DE POSTAS. — Es mi hijastra, señora; pero es tan buena, que ella ocupa en mí el lugar de los hijos que no he tenido.

SEÑORA SOMMER. — ¿Estáis de luto?

MAESTRA DE POSTAS. — Sí, por mi marido, que perdí hace tres meses. Tres años escasos hemos vivido juntos.

SEÑORA SOMMER. — Sin embargo, parecéis bastante consolada.

MAESTRA DE POSTAS. — ¡Ah, señora! Desgraciadamente tenemos tan poco tiempo para llorar como para rezar a Dios. El domingo es como los días laborables... ¡A menos que el cura eche alguna plática o que asistamos a algún oficio fúnebre!... ¡Carlos, dos servilletas! ¡Vamos, ven de una vez a poner esos cubiertos!

SEÑORA SOMMER. — ¿A quién pertenece esta casa de ahí abajo?

MAESTRA DE POSTAS. — A nuestra señora baronesa, la más amable de las mujeres.

SEÑORA SOMMER. — Me alegro de oír confirmar por una vecina lo que se nos ha asegurado ya en el camino. Mi hija viene para quedarse con ella y hacerle compañía.

MAESTRA DE POSTAS. — Os deseo mucha suerte, señorita.

LUCÍA. — Acepto vuestros deseos de todo corazón.

MAESTRA DE POSTAS. — Sería menester que tuvierais un carácter muy singular para no entenderos con esta excelente señora.

LUCÍA. — Tanto mejor, pues cuando me intereso por alguien ha de ser de corazón, si no, la cosa no marcha.

MAESTRA DE POSTAS. — Bien, bien. Muy pronto volveremos a hablar de esto y veremos si os he dicho la verdad. Cuando se vive cerca de nuestra buena baronesa, se está seguro de ser feliz; cuando mi hija sea un poco mayor, la pondré a servir en el castillo durante algún tiempo; se cogen allí buenos modales que quedan para toda la vida.

ANITA. — ¡Si la vierais! ¡Es tan amable! ¡No podréis creer con qué impaciencia os espera! A mí me quiere

también mucho. ¿No queréis ir a saludarla? Os acompañaré.

LUCÍA. — Antes necesito arreglarme y comer algo.

ANITA. — ¿Puedo salir en seguida, mamá? Iré a decir a la señora que ha llegado la señorita.

MAESTRA DE POSTAS. — Está bien, da la noticia.

SEÑORA SOMMER. — Y dile, hija mía, que, en terminar de comer, iremos hacia allá.

(*Anita sale.*)

MAESTRA DE POSTAS. — Mi hija siente mucho cariño por ella; le digo que nuestra querida baronesa es con mucho la mejor alma del mundo. Su mayor placer reside en los niños. Acoge en su casa a las hijas de los campesinos hasta que hayan aprendido algún oficio, y entonces les busca una buena colocación. En esto ocupa su tiempo desde que le falta su marido. Es inconcebible que pueda ser a la vez tan desgraciada, tan buena y tan amable a la vez.

SEÑORA SOMMER. — Así, pues, ¿no es viuda?

MAESTRA DE POSTAS. — Dios lo sabe. El señor está ausente desde hace tres años y ya no se oye hablar de él. Ella le ha amado por encima de todo. Mi marido no acababa nunca cuando hablaba de ellos. Y yo misma os digo que no hay en el mundo otro corazón como el suyo. Todos los años, en el aniversario del día en que le vio por última vez, no recibe a nadie y se encierra en sus habitaciones. Por otra parte, siempre que habla de él, lo hace de modo que le llega a una al alma.

SEÑORA SOMMER. — ¡Infortunada mujer!

MAESTRA DE POSTAS. — ¡Se dicen muchas cosas ahí arriba!

SEÑORA SOMMER. — ¿Y qué pensáis de ellas?

MAESTRA DE POSTAS. — Apenas si puede decirse.

SEÑORA SOMMER. — Os lo ruego.

MAESTRA DE POSTAS. — Si prometéis no traicionarme, os lo confiaré. Hace algo más de ocho años que vinieron aquí. Compraron el feudo. Nadie les conocía; se les llamaba señor y señora; él pasaba por ser un oficial, enriquecido al servicio de otra nación que ahora quería vivir en paz. Ella estaba en todo el esplendor de la juventud, era bella como un ángel, y no tenía más de dieciséis años.

SEÑORA SOMMER. — Entonces, ¿sólo tiene veinticuatro?

MAESTRA DE POSTAS. — Para su edad ha experimentado muchos pesares. Tuvo un hijo, pero no vivió mucho tiempo. Su tumba está en el jardín; no es más que

una pequeña colina de césped. Después de la partida del señor, ella se hizo construir allí un pequeño reducido solitario, y al lado, su propia tumba. Mi pobre marido era viejo y no se emocionaba fácilmente, pero nada contaba con más placer que la felicidad de esa pareja mientras permaneció unida. Se sentía otro hombre sólo al ver cómo se amaban.

SEÑORA SOMMER. — Mi corazón se siente indignado hacia ella.

MAESTRA DE POSTAS. — Pero ¿qué queréis?... Decían que el señor tenía ideas singulares; por lo menos, no iba nunca a la iglesia, y las gentes que no tienen religión, no temen a Dios ni se someten a ninguna regla. Cierta día se extendió el rumor de que el señor había partido. Así era, en efecto; desde entonces no ha regresado.

SEÑORA SOMMER. (*Aparte.*) — Es el retrato de mi propio destino.

MAESTRA DE POSTAS. — Todo el pueblo hablaba de esto. Fue hacia la misma época cuando yo vine a establecerme aquí, recién casada; por San Miguel hará tres años. Todos se las daban de bien enterados, y se decían al oído que no estaban casados; pero no me traicionéis. Decían que él era hombre distinguido, que la había seducido, y todo lo demás. Cuando una muchacha da semejante paso, tiene que arrepentirse de ello toda la vida.

ANITA. (*Entrando.*) — La señora os pide por favor que vayáis en seguida a su casa; sólo quiere hablaros un momento: veros.

LUCÍA. — ¡Vestida así! No resulta conveniente.

MAESTRA DE POSTAS. — Id, sin preocuparos. Os doy mi palabra de que ella no se fijará en eso.

LUCÍA. — Pequeña, ¿quieres acompañarme?

ANITA. — Con mucho gusto.

SEÑORA SOMMER. — Lucía, atiende lo que te digo. (*La Maestra de postas se aleja.*) No vayas a traicionar nuestro secreto; nada sabes sobre nuestra situación, ni de nuestra suerte... Muéstrate respetuosa.

LUCÍA. — Dejadme hacer. Mi padre era un comerciante, pasó a América y murió. De ahí nuestra situación. Estad tranquila, he contado esta historia muy a menudo. (*Alto.*) Mamá, ¿no queréis descansar un poco? Nuestra anfitriona hará el favor de daros una pequeña habitación con una cama.

MAESTRA DE POSTAS. — Tengo una bonita habitación que

da sobre el jardín; espero que le gustará a la señora. (*Lucía y Anita salen.*)

SEÑORA SOMMER. — Mi hija es un poco autoritaria.

MAESTRA DE POSTAS. — Son efectos de la juventud. Esos sentimientos orgullosos se calmarán muy pronto.

SEÑORA SOMMER. — Tanto peor.

MAESTRA DE POSTAS. — Venid, señora, venid, por favor. (*Salen. Se oye a un postillón. Entran Fernando, con uniforme de oficial, y un Criado.*)

CRiado. — ¿Hay que enganchar en seguida y cargar el equipaje?

FERNANDO. — Te digo que lo entres y lo dejes aquí; no vamos más lejos, ¿te enteras?

CRiado. — ¿No seguimos? Sin embargo, ¿no decíais...?

FERNANDO. — Ahora te digo que pidas a la patrona una habitación y lèves a ella mis cosas. (*El Criado sale.*)

FERNANDO. (*Acercándose a la ventana.*) — ¡Al fin vuelvo a verte, celestial perspectiva! ¡Vuelvo a verte, escenario de mi felicidad! ¡Qué tranquila parece toda la casa! ¡Ni una sola ventana abierta! ¡Desierta está la galería a la que con tanta frecuencia íbamos a sentarnos juntos! Observa, Fernando, el aspecto de su morada: parece un claustro. ¡Cómo lisonjea tus esperanzas! En esta soledad, ¿seguirá siendo Fernando el objeto de sus recuerdos? ¿Será él su pensamiento y su obsesión? ¡Ah! ¿Acaso lo ha merecido? Me parece despertar de un largo, de un mortal sopor, hasta tal punto que cada objeto me hiere y conmueve mi corazón. Los árboles, las fuentes, todo; sí, todo. ¡Cuántas veces, apoyados y señadores en la ventana, habíamos seguido con la mirada los caprichosos rodeos de ese arroyuelo que no ha abandonado su lecho! Su rumor es para mí una melodía, un ritmo fértil en recuerdos. ¿Y ella? Estará igual que estaba. No, Stella, tú no has cambiado; mi corazón me lo dice. ¡Cómo palpita hacia ti! .. Pero no puedo, no me atrevo. Antes debo reponerme; debo convencerme de que estoy verdaderamente aquí, de que no vivo engañado por uno de esos sueños que, incluso durante la vigilia, me transportaban a estos lugares desde los climas más lejanos. ¡Stella! ¡Stella! ¡Vuelvo! ¿No presientes que estoy aquí? ¡Vengo a clvidarlo todo en tus brazos!... ¡Y tú, que te ciernes sin cesar en torno mío, querida sombra de mi infortunada esposa, perdóname, no me persigas más! La

muerte te ha herido; permite que olvide, que lo olvide todo en los brazos de este ángel; mi sino, mis pérdidas, mis pesares y mis remordimientos. ¡Estoy tan cerca de ella! ¡Y tan lejos de...! En un instante... ¡Ah! ¡No puedo más, no puedo más!... Debo reponer mis fuerzas; si no, me moriré al caer a sus pies.

MAESTRA DE POSTAS. (*Entrando.*) — ¿Vuestra Señoría desea comer?

FERNANDO. — ¿Tenéis algo que servirme?

MAESTRA DE POSTAS. — ¡Ch, sí! Sólo esperamos a una joven que ha ido a casa de la señora.

FERNANDO. — ¿Cómo está vuestra señora?

MAESTRA DE POSTAS. — ¿La conocéis?

FERNANDO. — Hace algunos años que iba de cuando en cuando a su casa. ¿Qué hace su marido?

MAESTRA DE POSTAS. — Dios lo sabe; recorre el mundo.

FERNANDO. — ¿Muy lejos?

MAESTRA DE POSTAS. — ¡Oh, muy lejos! ¡Ha abandonado a esta pobre alma! ¡Dios se digne perdonarle!

FERNANDO. — Ya se consolará pronto.

MAESTRA DE POSTAS. — ¿Lo creéis? La conocéis, pues, muy poco. Vive retirada como una religiosa desde que la conozco; apenas un extraño, o vecino va a su casa a visitarla. Vive con sus gentes, se rodea de todos los niños del lugar y, a pesar de su dolor, es siempre buena, siempre amable.

FERNANDO. — Sin embargo es preciso que vaya a verla.

MAESTRA DE POSTAS. — Podéis hacerlo. Ella nos invita a veces, a la mujer del administrador, a la mujer del ministro y a mí, y charla con nostras acerca de muchas cosas. Nosotras evitamos siempre recordarle al señor. Esto no sucedió más que una sola vez; Dios sabe lo que pasó en nuestras almas cuando ella comenzó a hablarnos de él, a alabarle, a llorar. Señor, todas lloramos como chiquillas, y nada podía calmarnos.

FERNANDO. (*En voz baja.*) — ¡Ah! ¡Te lo has merecido!  
(*Alto.*) ¿Habéis indicado una habitación a mi criado?

MAESTRA DE POSTAS. — Sí, una habitación en el primer piso. Carlos, muestra la habitación al señor.

(*Fernando sale con Carlos. Entran de nuevo Lucía y Anita.*)

MAESTRA DE POSTAS. — Bien, ¿cómo la habéis encontrado?

LUCÍA. — Una mujer encantadora con la que me llevaré muy bien. No habéis exagerado al hablar de ella.

No quería dejarme partir: he tenido que jurarle regresar inmediatamente después de la comida, con mi madre, y llevar nuestro equipaje.

MAESTRA DE POSTAS. — Ya lo sabía yo. ¿Queréis sentaros a la mesa? Acaba de llegar un alto y guapo oficial; si no tenéis miedo de él...

LUCÍA. — ¡En absoluto! Prefiero un militar a cualquier otra persona; ellos, por lo menos, no van con disimulos; se ve en seguida lo que tienen de bueno y de malo. ¿Duerme mi madre?

MAESTRA DE POSTAS. — No lo sé.

LUCÍA. — Voy a ver.

(*Sale.*)

MAESTRA DE POSTAS. — ¡Buena, Carlos, otra vez has olvidado el salero!... ¿A esto se le llama enjuagar? Mira estos vasos: ¡te los rompería en la cabeza si valieras lo que cuestan!

(*Entra Fernando.*)

MAESTRA DE POSTAS. — La señorita ya ha vuelto; se va a servir la comida.

FERNANDO. — ¿Quién es?

MAESTRA DE POSTAS. — No la conozco. Parece de buena casa, pero pobre. Viene para ser dama de compañía en casa de la señora.

FERNANDO. — ¿Es joven?

MAESTRA DE POSTAS. — Muy joven y muy bonita. Su madre está también ahí arriba.

(*Entra Lucía.*)

LUCÍA. — ¡Para servirlos!

FERNANDO. — Me siento feliz al encontrar tan amable compañera de mesa.

(*Lucía hace una reverencia.*)

MAESTRA DE POSTAS. — Aquí, señorita; y vos aquí, señor, si os parece bien.

FERNANDO. — ¿No nos hacéis el honor de comer con nosotros, señora maestra de postas?

MAESTRA DE POSTAS. — Cuando yo me detengo un momento, todo se detiene.

(*Sale.*)

FERNANDO. — ¡Entonces es un tête-à-tête!

LUCÍA. — Con la mesa de por medio; no hay nada malo en ello.

FERNANDO. — ¿Estáis, pues, decidida a ser la señorita de compañía de la señora baronesa?

LUCÍA. — Esa es mi intención.

FERNANDO. — Me parece raro que no podáis encontrar

algún compañero cuya conversación valdrá más aún que la de esta señora.

LUCÍA. — No es cosa que me interese.

FERNANDO. — ¿Es la probidad de ese rostro quien nos lo garantiza?

LUCÍA. — Veo, señor, que sois como todos los hombres.

FERNANDO. — ¿Es decir...?

LUCÍA. — Muy presuntuoso. Vosotros, los hombres, creéis que no es posible pasarse sin vosotros; sin embargo, yo he crecido sin esta ayuda.

FERNANDO. — ¿No tenéis padre?

LUCÍA. — Apenas me acuerdo de haberlo conocido. Era muy niña cuando nos abandonó para ir a América; su barco naufragó, según supimos después.

FERNANDO. — Parecéis muy indiferente respecto a esto...

LUCÍA. — ¿Por qué había de ser de otro modo? Nunca ha hecho nada por mí, y yo le perdono que nos haya abandonado, pues la libertad está para el hombre por encima de todo. Mi madre no es como yo; ella se muere de dolor.

FERNANDO. — ¿Y estáis sin ayuda, sin apoyo?

LUCÍA. — Nos arreglamos sin ello. Nuestra fortuna ha disminuido día a día, y yo, por el contrario, he crecido hora a hora. No me resulta penoso sostener a mi madre.

FERNANDO. — Vuestro valor me encanta.

LUCÍA. — ¡Oh, señor, viene por sí mismo! Cuando nos sentimos tan a menudo a punto de sucumbir, y cuando nos vemos siempre salvados, esto da confianza.

FERNANDO. — ¿Y no podéis dar una parte a vuestra madre?

LUCÍA. — Ella es la más desgraciada; es ella quien ha tenido pérdidas, no yo. Yo doy gracias a mi padre por haberme puesto en el mundo, pues vivo de buen grado y alegre; pero ella... que había depositado en él todas las ilusiones de su vida, que le había sacrificado su juventud... ¡Verse sola y abandonada de pronto! ¡Debe ser terrible sentirse así! Yo todavía no he perdido nada, y no puedo hablar de estas cosas. Parecéis pensativo.

FERNANDO. — Sí, querida señorita. ¡Vivir es perder (se levanta), pero también es ganar! ¡Que Dios os conserve vuestro valor! (Le coge la mano.) Me habéis sorprendido. ¡Oh, señorita, qué felicidad la vuestra! ¡Ah! Yo también he sido arrojado al azar de este

mundo... A menudo he vivido muy lejos de mis alegrías, de mis esperanzas..., pero siempre...

LUCÍA. — ¿Qué queréis decir?

FERNANDO. — ¡Buena pequeña! Hago los más sinceros, los más ardientes votos por vuestra felicidad.

(Le besa la mano y sale.)

LUCÍA. — ¡Es un hombre extraordinario! Sin embargo parece preocupado. ¿Por qué será?

## ACTO SEGUNDO

### Casa de STELLA

#### STELLA y un CRIADO

STELLA. — ¡Ve aprisa, corre! Dile que la espero.

CRIADO. — Ha prometido venir inmediatamente.

STELLA. — No obstante, ya ves que no viene. La pequeña me agrada mucho. Ve. La madre tiene que venir con ella.

(El Criado sale.)

STELLA. — Apenas tengo paciencia para esperarla. ¡Tantos son nuestros deseos, tales son nuestras esperanzas cuando nos llega un vestido nuevo! ¡Stella, eres una niña! Se necesita mucho, ¡ah!, muchísimo, para llenar el vacío de este triste corazón; ¡mucho, pobre Stella! En otro tiempo, cuando él te amaba aún, cuando descansaba sobre tu pecho, su mirada llenaba por entero tu alma; y cuando... ¡Oh Dios del cielo, cuyos designios son impenetrables!... Cuando yo levantaba hacia ti mis párpados calientes por sus besos, cuando mi corazón ardía al contacto con el suyo, cuando bebía su gran alma con mis labios temblorosos, y me volvía entonces hacia Ti derramando lágrimas de alegría y de placer, exclamaba desde el fondo de mi corazón: «¡Padre, conserva nuestra felicidad! ¡Nos hiciste sentir tan felices!... ¡Pero no era ésta tu voluntad!» (Cae un instante en el ensueño, se sale de él en seguida, y lleva sus dos manos al corazón.) ¡No, Fernando, no, no es un reproche!

(La señora Sommer y Lucía entran.)

STELLA. — Te poseo, querida pequeña; desde ahora eres ya mía. Señora, os agradezco la confianza con que depositáis este tesoro en mis manos. Cabecita deci-

dida, alma buena y franca, esto es, mi Lucía, lo que he reconocido en ti.

SEÑORA SOMMER. — Gracias, señora, porque veo que comprendéis el valor de lo que os traigo, de lo que dejáis en vuestras manos.

STELLA. (*Después de una pausa, durante la cual ha observado a la señora Sommer.*) — Excusadme... Me han contado vuestra historia. Sé que tengo ante mí personas de buena familia; pero vuestra presencia me sorprende. Desde el primer momento me habéis inspirado confianza y respeto.

SEÑORA SOMMER. — Señora...

STELLA. — ¡No os excuséis! Lo que mi corazón siente, mis labios lo expresan con gusto. Pero no os sentís bien... ¿Qué os duele? Sentaos.

SEÑORA SOMMER. — No es nada, señora. Este viaje en los primeros días hermosos, de primavera, el cambio de cosas, ese aire puro y vivificante que tantas veces me reanima, todo esto reunido actúa tan dulce, tan favorablemente sobre mí, que incluso el recuerdo de mi felicidad perdida se vuelve llevadero porque me parece que un reflejo de esa edad dorada de la juventud y del amor viene a iluminar mi alma.

STELLA. — ¡Ah, sí, los días, los primeros días del amor! No, tú no has regresado para siempre a los cielos, edad dorada; tu recuerdo rodea aún al corazón hasta en los momentos en que tu brillo palidece.

SEÑORA SOMMER. (*Cogiéndole las manos.*) — ¡Qué alma! ¡Qué bondad!

STELLA. — Vuestro rostro resplandece como el de un ángel; vuestras mejillas cobran color.

SEÑORA SOMMER. — ¡Y mi corazón! ¡Ah, cómo se emociona y eleva! ¡Cómo palpita delante de vos!

STELLA. — ¿Habéis amado? ¡Oh, Dios, gracias te doy! Es, pues, una criatura que puede comprenderme, que puede tener piedad de mí, que no mirará fríamente mis dolores. ¡No es culpa nuestra si somos así! ¿Qué no he hecho yo? ¿Qué no he intentado? ¿Y para qué ha servido? ¡Mi corazón pedía una sola cosa, precisamente aquella, y no un mundo, nada más en el mundo! ¡Ah! El objeto amado está en todas partes, y todo está hecho para él.

SEÑORA SOMMER. — Lleváis el cielo en el corazón.

STELLA. — Antes incluso de que pensara en ello, su imagen estaba allí: me seguía a todas partes, me rodeaba sin cesar: él se lanzaba a través de los campos, y

venía a arrojarse a mis brazos a la puerta del jardín. Yo le veía partir, alejarse..., alejarse... y pronto estaba de vuelta. Aun cuando fuera a llevar mis pensamientos entre el tumulto del mundo, allí le encontraría. Cuando estaba sentada en mi galería, le viera o no, sabía que él notaba el menor de mis movimientos, que todo le placía en mí, mi manera de levantarme, de sentarme; sabía que el balanceo de las plumas de mi tocado le atraía más que esas centelleantes miradas que le rodeaban... Sabía que la música no hacía más que acompañar esta eterna melodía de su corazón: «¡Stelia, Stella, cuánto te amo!»

LUCÍA. — ¿Es posible amarse de este modo?

STELLA. — ¿Y lo preguntas, mi pequeña...? No puedo responderte. Pero ¿de qué os estoy hablando? ¡Son menudencias, auténticas fruslerías!... En verdad que no somos más que niños grandes; adquirimos sus maneras... Los niños se esconden en su delantal y gritan: «¡Ya!», para que se les busque... ¡Cómo nos rebosa el corazón cuando, desoladas por abandonar al objeto de nuestro amor, buscamos el modo de encadenarlo a nosotras!... ¡Con qué violencia todas las fuerzas de nuestra alma se precipitan de nuevo hacia su presencia! ¡Cómo hierve y vibra en nuestro pecho este impulso! ¡Cómo se desborda el corazón a la primera mirada, al primer apretón de manos!

SEÑORA SOMMER. — ¡Qué feliz sois! Vivís aún rodeada de los sentimientos más jóvenes y más puros del corazón humano.

STELLA. — Un siglo de lágrimas y de pesares no pueden borrar la felicidad de la primera mirada, de ese temblor, de esas palabras balbucientes, de los primeros encuentros, del abandono, del olvido de sí mismo..., del primer beso apasionado y febril, del primer abrazo en que se respira al fin la paz. ¡Ah, señora, pero se desvanecen! Querida amiga, ¿dónde están?

SEÑORA SOMMER. — ¡Ah! ¡Los hombres, los hombres!

STELLA. — ¡Ellos hacen nuestra felicidad y nuestra desdicha! ¡Infunden en nuestros corazones el presentimiento de la dicha! ¡Qué sensaciones nuevas, desconocidas, qué esperanzas encantadoras ensanchan nuestras almas cuando nos hacen compartir su impetuosa pasión! ¡Cuántas veces no he sentido temblar y vibrar todo mi ser cuando sus lágrimas derramaban en mi seno los dolores de su vida! Yo le

rogaba que se apiadara de él y de mí... ¡En vano! El fuego que le consumía me penetraba por entero, de la cabeza a los pies; en mí, todo era sentimiento, todo era corazón; y ¿en qué lugar del mundo, pobre criatura, puedo yo ahora respirar? ¿Dónde encontrar alimento para esta insaciable necesidad?

SEÑORA SOMMER. — Creemos a los hombres. Si en los momentos de pasión se engañan a sí mismos, ¿cómo no habíamos de vernos nosotras engañadas por ellos?

STELLA. — Señora, se me ocurre una idea; seamos la una para la otra lo que ellos habrían debido ser para nosotras; permanezcamos juntas... Vuestra mano... Desde este momento ya no os abandono.

LUCÍA. — No es posible.

STELLA. — ¿Por qué, Lucía?

SEÑORA SOMMER. — Mi hija comprende que...

STELLA. — No es un beneficio lo que os ofrezco; sois vos quien seréis mi bienhechora, si os quedáis. ¡Oh, no, yo no podría estar sola! Querida amiga, lo he hecho todo: crío perros y pájaros; enseño a las muchachas a bordar y a tricotar, únicamente para no permanecer en la soledad, para ver fuera de mí algo vivo y sensible. Y cuando lo consigo, cuando una divinidad bienhechora parece, en una hermosa mañana de primavera, haber quitado el peso de dolor que oprime mi alma: cuando me despierto tranquila, y veo al sol brillar sobre nuestros árboles, y me siento llena de actividad para los quehaceres del día, entonces estoy bien; vagabundeo mucho tiempo de acá para allá, ordeno, dirijo a mis gentes, y con el corazón gozoso y libre doy gracias al cielo en voz alta por esas horas de felicidad.

SEÑORA SOMMER. — ¡Ah, sí, señora, lo comprendo! La ocupación y las buenas obras son dones del cielo: es el resarcimiento de los corazones desgraciados por el amor.

STELLA. — ¡El resarcimiento!... Mejor decid el refugio. ¡Pero el resarcimiento...! ¡Ah, no! Se puede poner algo en lugar de lo que se ha perdido; pero no devolveros lo perdido... Un amor perdido, ¿quién puede reemplazarlo? Cuando mi imaginación vaga de pensamiento en pensamiento, cuando sueños amigos me traen a la memoria el pasado, cuando la esperanza me muestra un futuro consolador, y recorro a grandes pasos mi jardín iluminado por la incierta luz de la luna, de repente un pensamiento me asalta:

«¡Estoy sola!»... En vano extendiendo mis brazos hacia los cuatro extremos del mundo, en vano llamo en mi ayuda a los poderosos encantos del amor que podrían atraer la luna hacia la tierra: estoy sola; ninguna voz me responde desde el seno de los bosques; las estrellas dejan caer sobre mi dolor sus miradas indiferentes; ¡y entonces, es entonces, cuando me refugio en la tumba de mi hija!

SEÑORA SOMMER. — ¿Teníais una hija?

STELLA. — Sí, querida amiga... ¡Oh, Dios, Tú no me habías concedido esta felicidad, sólo para añadir una gota de amargura al cáliz de mi vida! La hija del campesino que viene ante mí, con los pies desnudos, y que me manda de lejos un beso, con grandes ojos llenos de inocencia, me traspasa hasta el fondo del corazón, hasta la médula de los huesos. Entonces me digo: «Mi adorada Mina sería de la misma edad.» La cojo en mis brazos con dolor, la beso mil veces; mi corazón está desgarrado, las lágrimas se deslizan de mis ojos, y huyo.

LUCÍA. — Esta pérdida os ahorra muchas preocupaciones.

STELLA. (*Sonríe y le da palmaditas en el hombro.*) — ¿Cómo puedo sentir aún? ¿Cómo esta escena lamentable no me ha aniquilado ya? Aquel capullo de rosa marchito estaba acostado ante mí; ¡y yo, yo estaba de pie, petrificada hasta lo más profundo de las entrañas, sin dolor, sin conocimiento! ¡Yo estaba allí! La enfermera coge a la niña, la estrecha contra su corazón, y exclama de pronto: «¡Vive!» Yo salto a su cuello, me lanzo sobre la niña derramando mares de lágrimas. ¡Se había engañado! Estaba muerta, y yo tendida a su lado presa de la más terrible desesperación.

(*Se deja caer en un asiento.*)

SEÑORA SOMMER. — Alejad vuestros pensamientos de tan tristes escenas.

STELLA. — No, me hace mucho bien volver a abrir mi corazón, dejar salir lo que le oprime. ¡Sí; cuando empiezo a hablar de él y de que lo era todo para mí!... Ya veréis su retrato. ¡Su retrato! Me parece que el rostro y el exterior de los hombres es el verdadero texto de lo que se puede decir y sentir acerca de ellos.

LUCÍA. — ¡Tengo mucha curiosidad por verle!

STELLA. (*Abre su gabinete y las hace pasar.*) — Aquí, queridas, aquí.

SEÑORA SOMMER. — ¡Dios mío!

STELLA. — ¡Aquí está! ¡Aquí! Y no es ahí ni la milésima parte de lo que era. Esa frente, esos ojos negros, esos cabellos oscuros, esa nobleza... Pero el pintor no pudo expresar el amor, la ternura que emanaba de su alma. ¡Oh, corazón mío! ¡Sólo tú puedes sentir esto!

LUCÍA. — Señora, estoy sorprendida.

STELLA. — Es un hombre...

LUCÍA. — Debo decirles que hoy he comido en la casa de postas con un oficial que se parece a este retrato... Es el mismo, apostaría mi vida.

STELLA. — ¿Hoy? ¡Tú te engañas! ¡Tú me engañas!

LUCÍA. — Hoy, sí. Pero era de más edad, más moreno y quemado por el sol. ¡Es él! ¡Es él!

STELLA. (*Tocando la campanilla.*) — ¡Lucía! ¡Mi corazón estalla...! ¡Quiero ir allá!

LUCÍA. — Eso no sería conveniente.

STELLA. — ¡Conveniente! ¡Oh, corazón mío! (*Un Criado entra.*) ¡Guillermo, en seguida, a la casa de postas, rápido! Hay allí un oficial; es preciso... Se trata de... Lucía, dile... Es preciso que venga.

LUCÍA. — ¿Conocéis al señor?

CRiado. — Como a mí mismo.

LUCÍA. — Id, pues, a la casa de postas; hay allí un oficial que se le parece extraordinariamente: ved si me engaño; os juro que es él.

STELLA. — ¡Dile que venga, que venga en seguida, en seguida! Si en semejantes circunstancias, si en este momento yo le... Pero tú te engañas... Es imposible... Dejadme, queridas amigas, dejadme sola.

(*Entra en el gabinete cerrando tras sí la pueria.*)

LUCÍA. — ¿Qué tenéis, madre? ¡Estáis pálida!

SEÑORA SOMMER. — ¡Es mi último día! Mi corazón no podría soportarlo. ¡Todo a la vez!

LUCÍA. — ¡Gran Dios!

SEÑORA SOMMER. — Su esposo, ese retrato, aquel a quien ella espera, aquel a quien ama... ¡es mi esposo, es tu padre!

LUCÍA. — ¡Madre, mi querida madre!

SEÑORA SOMMER. — Y está aquí; va a caer en sus brazos... Dentro de pocos minutos... ¡Y nosotras, Lucía...! Tenemos que partir.

LUCÍA. — A donde queráis.

SEÑORA SOMMER. — ¡Rápidamente!

LUCÍA. — Id al jardín; yo voy a la casa de postas... ¡Con

tal de que la diligencia aún no haya partido!... Podemos marchar en secreto, sin despedirnos... Mientras que embriagada de felicidad...

SEÑORA SOMMER. — ¡Ella le estrechará en sus brazos, en toda la embriaguez del regreso! ¡Y yo, en el momento en que vuelvo a encontrarlo, debo huir de él!... ¡Para siempre! ¡Para siempre!

(*Fernando y el Criado entran.*)

CRiado. — Por aquí. ¿No reconocéis ya vuestro gabinete?

Ella está fuera de sí... ¡Ah, vos, de vuelta aquí!...

SEÑORA SOMMER. — ¡Sí, es él, es él! ¡Estoy perdida!

### ACTO TERCERO

STELLA, radiante de alegría, entra con FERNANDO

STELLA. — ¡Está de vuelta (*mirando alrededor de ella*), vedle aquí! ¡Está de vuelta! (*Acercándose a un cuadro que representa a Venus.*) ¡Mírale aquí, diosa, está de vuelta! ¡Cuántas veces, en mi insensato dolor, no he corrido hacia este lugar para llorar ante ti, para gemir! ¡Está de vuelta! No doy crédito a mis sentidos. ¡Oh, diosa, te he visto tan a menudo, y él no estaba aquí! Ahora estás tú ahí, y él está también. ¡Ah, querido, querido mío, qué larga ausencia! Pero ya estás aquí (*se lanza a su cuello*), estás aquí. No quiero sentir, ni oír, ni saber nada sino que estás aquí.

FERNANDO. — ¡Stella, Stella mía! (*Abrazándola.*) ¡Oh, Dios del cielo, Tú me devuelves mis lágrimas!

STELLA. — ¡Tú, el único...!

FERNANDO. — ¡Stella, déjame beber tu aliento querido, tu aliento, al lado del cual el aire más puro es para mí sofocante y sin vida!

STELLA. — ¡Querido!

FERNANDO. — Infunde a ese seno asolado, marchito, seco, un nuevo amor; de la plenitud de tu corazón extiende un nuevo principio de vida hacia mí.

(*Permanece suspendido de sus labios.*)

STELLA. — ¡Querido mío!

FERNANDO. — ¡Ya revivo, ya revivo! Donde tú respiras, todo flota en una atmósfera vivificante de juventud;

el amor y la constancia tendrán aquí cautivo a este abatido vagabundo.

STELLA. — ¡Exaltado!

FERNANDO. — ¡Tú no sabes lo que es el rocío del cielo para el desgraciado consumido por la sed, que de un mundo desierto y arenoso vuelve a abrazarse contra tu pecho!

STELLA. — ¡Y la alegría de tu pobre amada, Fernando! ¡Estrechar de nuevo contra su corazón a su única, descarriada y perdida oveja!

FERNANDO. (*Arrojándose a sus pies.*) — ¡Stella mía!

STELLA. — Levántate, querido mío, levántate; no puedo verte de rodillas.

FERNANDO. — Déjame; debería estar siempre así ante ti; ¡pero mi corazón se inclina siempre ante ti, ch ternura, oh bondad infinita!

STELLA. — Te poseo de nuevo; no me conozco ya; ya no me comprendo... ¿A qué se debe todo esto?

FERNANDO. — Me parece estar en los primeros momentos de nuestra felicidad; te tengo en mis brazos, recojo en tus labios la seguridad de tu amor, balbuceo, y me pregunto con sorpresa si estoy despierto o soñando.

STELLA. — Fernando, veo que no te has vuelto más serio.

FERNANDO. — ¡Dios lo sabe! Pero este instante de alegría en tus brazos hace volverme bueno y piadoso; puedo rezar, Stella, porque soy feliz...

STELLA. — ¡Que Dios te perdone ser al mismo tiempo tan libertino y tan bueno! Que El te lo perdone, El, que te ha hecho lo que eres, tan voluble y tan confiado... Cuando oigo el sonido de tu voz, creo aún que eres el mismo Fernando que no amaba nada en el mundo más que a mí.

FERNANDO. — Y yo, cuando contemplo tu mirada tan dulce y me pierdo buscando lo que hay en ella, me parece que, durante mi ausencia, ninguna otra imagen que la mía ha habitado allí.

STELLA. — Y no te equivocas.

FERNANDO. — ¿No? ¿De veras?

STELLA. — ¡Ah! De no ser así, te lo diría. ¿No te confesé acaso, en los primeros tiempos de mi amor, todas las pequeñas pasiones que habían brotado en mi corazón, y no te me hice por ello más querida?

FERNANDO. — ¡Ángel mío!

STELLA. — ¿Por qué me miras así? ¿No es verdad que la desgracia marchitó las rosas de mis mejillas?

FERNANDO. — ¡Kosa, mi encantadora fiori ¡Stella! Pero ¿por qué sacudes la cabeza?

STELLA. — ¿Por qué se os ama hasta este punto? ¿Por qué no se tienen en cuenta los pesares que habéis causado?

FERNANDO. (*Examinando los rizos del peinado de Stella.*) ¿Y habrías ganado cabellos grises? Es una suerte que seas rubia... No me parece que hayas perdido ninguno.

(*Quita el peinecillo y los cabellos ruedan hasta los pies de Stella.*)

STELLA. — ¡Travieso!

FERNANDO. (*Hundiendo sus brazos en la cabellera de Stella.*) — He aquí a Rinaldo, preso de nuevo en sus viejas cadenas.

(*Entra un Criado.*)

CRIADO. — ¡Señora!

STELLA. — ¿Qué tienes? ¡Tu rostro aparece frío y triste! Ya sabes que no me gusta ver rostros así cuando estoy contenta.

CRIADO. — Pero, señora..., las dos extranjeras quieren marcharse.

STELLA. — ¿Marcharse?

CRIADO. — Como os lo digo. He visto a la hija ir a la casa de postas, regresar y hablar a su madre. Me he informado de todo: me han dicho que habían encargado postas extraordinarias, puesto que la diligencia había ya partido; les he hablado. La madre me ha rogado llorando que les llevara sus cosas sin decir nada y que deseara toda clase de bendiciones a la señora; no pueden quedarse.

FERNANDO. — ¿Es la mujer que ha llegado hoy con su hija?

STELLA. — Yo tomaba a la hija a mi servicio, y quería retener también a la madre. ¿Sois vos, Fernando, quien turbáis este arreglo?

FERNANDO. — ¿Qué ha podido sucederles?

STELLA. — Dios lo sabe; en cuanto a mí, lo ignoro. Las pierdo muy a pesar mío. Sin embargo me quedas tú, Fernando, y puedo olvidario todo en este momento. Háblales, Fernando... en seguida; en seguida, Enrique, arregla esto con la madre, dile que gozará de libertad. (*El Criado sale.*) Fernando, yo voy al bosque, ve allí a reunirme conmigo. ¡Oh, rui señores míos, salid a recibirle!

FERNANDO. — ¡Oh, dulce y querida Stella!

STELLA. (*Arrojándose a sus brazos.*)—¿Volverás pronto?

FERNANDO.—Al instante.

(*Sale.*)

FERNANDO. (*Solo.*)—¡Ángel del cielo! ¡Cómo en su presencia se vuelve todo más sereno, más libre! Fernando, ¿te reconoces ahora a ti mismo? Todo lo que oprimía tu corazón ha desaparecido; todas las inquietudes, todos los penosos recuerdos, lo que fue, lo que debe ser. ¿Regresáis, pensamientos funestos? ¡Ah, no! Cuando te veo, cuando estrecho tu mano, todo se desvanece, cualquier otra imagen desaparece de mi alma.

(*El Administrador entra.*)

ADMINISTRADOR. (*Besándole la mano.*)—¿Ya os tenemos, pues, de vuelta?

FERNANDO. (*Retirando su mano.*)—Así es.

ADMINISTRADOR.—¡Ah! ¡Dejadme, dejadme, señor!

FERNANDO.—¿Eres feliz?

ADMINISTRADOR.—¡Mi mujer vive, tengo dos hijos y vos regresáis!

FERNANDO.—¿Cómo habéis llevado la casa?

ADMINISTRADOR.—Estoy dispuesto a rendiros cuentas. Estaréis sorprendido de las mejoras que hemos introducido en la finca. Pero ¿me atreveré a preguntaros... cómo os ha ido...?

FERNANDO.—¡Silencio! Te lo diré todo; te lo mereces, viejo cómplice de mis locuras.

ADMINISTRADOR.—¡Gracias a Dios que no os habéis convertido en jefe de gitanos! A una palabra vuestra yo habría destruido y quemado el mundo entero...

FERNANDO.—Lo sabrás todo.

ADMINISTRADOR.—¿Y vuestra esposa? ¿Y vuestra hija?

FERNANDO.—No las he encontrado. Pero he sabido de buena fuente que ella se dejó engañar por un comerciante al que había confiado su capital con la esperanza de sacar de él un elevado interés, y que él la estafó. Con el pretexto de ir al campo ha abandonado la comarca y lleva sin duda actualmente una existencia miserable intentando vivir de su trabajo y el de su hija. Ya sabes que semejante empresa es muy propia de su carácter.

ADMINISTRADOR.—¡Y ahora estáis vos de vuelta! ¿Creéis que os hemos de perdonar el que hayáis permanecido tanto tiempo ausente?

FERNANDO.—¡Es que he ido lejos!

ADMINISTRADOR.—Si yo no me hubiera encontrado tan

bien en mi casa con mi mujer y mis dos hijos, bien os envidiaría el viaje que habéis hecho. ¿Os quedaréis ahora aquí?

FERNANDO.—¡Dios lo quiera!

ADMINISTRADOR.—Sin embargo no es mejor ni peor que antes de vuestra partida.

FERNANDO.—¡Ah! ¡Si se pudiera olvidar el pasado!

ADMINISTRADOR.—¡El pasado que nos trae tantas penas junto a tantas alegrías! Me acuerdo aún perfectamente de todo: de cómo amábamos a nuestra Cecilia, de cuán impacientes estábamos por sacrificarle la independencia de nuestra juventud.

FERNANDO.—Eran tiempos felices.

ADMINISTRADOR.—¡Y la bonita chiquilla que nos dio! ¡Y qué funesto efecto produjo ese suceso en su alegría y sus encantos!

FERNANDO.—Cuéntame todo eso.

ADMINISTRADOR.—Buscamos por todas partes alguien para sustituirla y al fin encontramos este ángel; a partir de entonces se trataba de decidirse a hacer la felicidad de la una o de la otra. ¡Qué felices fuimos al encontrar una ocasión de vender nuestros bienes aún perdiendo, al robar a ese ángel y abandonar a la otra con su hija a los azares de la vida!

FERNANDO.—Por lo que veo, continuas siendo tan charlatán y tan razonador como antaño.

ADMINISTRADOR.—Ocasiones de instruirme no me han faltado. ¿Acaso no era yo el confidente de vuestra conciencia? Cuando partisteis de aquí con el deseo más o menos sincero de volver a encontrar a vuestra esposa y a vuestra hija, y yo os rendí más de un servicio...

FERNANDO.—¡Por esta vez ya es bastante!

ADMINISTRADOR.—Quedaos, quedaos siquiera, y todo irá bien.

(*Sale. Un Criado entra.*)

CRiado.—La señora Sommer.

FERNANDO.—Que pase.

(*El Criado sale.*)

FERNANDO. (*Solo.*)—Esta mujer me entristece. ¡Que no haya nada íntegro, nada puro en este mundo! ¡Esa mujer! El valor de su hija me ha turbado. ¿Cuál puede ser el motivo de su pena?

(*La señora Sommer entra.*)

FERNANDO. (*Aparte.*)—¡Dios mío! Su figura me recuerda aún mis extravíos. ¡Ah, corazón, ese corazón huma-

no!... Puesto que eres capaz de sentir así, de obrar así, ¿por qué no tienes al menos el valor de perdonarte el pasado? ¡Exteriormente es igual que mi mujer! ¿Dónde no veo su imagen? (Alto.) ¡Señora!

SEÑORA SOMMER. — ¿Qué mandáis, señor?

FERNANDO. — Desearía que os quedarais junto a mi Stella, junto a mí. Sentaos.

SEÑORA SOMMER. — La presencia del infortunio es una carga para los corazones felices; ¡ay!, y la de la felicidad aún más para los infortunados.

FERNANDO. — No os comprendo; ¿desconocéis el alma de Stella, esta alma divina, rebosante de ternura?

SEÑORA SOMMER. — Señor, yo me disponía a regresar a mi casa. Permitid, es preciso que me vaya; creed que tengo motivos; pero os lo ruego, dejadme partir.

FERNANDO. (Aparte.) — ¡Esa voz! ¡Esa figura! (Alto.) Señora... (Vuelve el rostro.) ¡Santo Dios, es mi esposa! (Alto.) Perdonad.

(Huye con rapidez.)

SEÑORA SOMMER. (Sola.) — ¡Me ha reconocido! Buen Dios, te agradezco haber prestado en este momento tanta fuerza a mi corazón. ¿Soy yo la misma? ¡Yo, tan quebrantada, tan destrozada, y en esta suprema circunstancia tan tranquila, tan valiente!... ¡Oh, bondad eterna, oh Providencia, tú no quitas nada a nuestro corazón que no se lo devuelvas en el momento en que más lo necesita!

FERNANDO. (Regresando.) — ¿Me habrá reconocido? (Alto.) Os ruego, señora, os suplico que me abráis vuestro corazón.

SEÑORA SOMMER. — Tendría que contar mi vida, y ¿cómo podríais escuchar mis quejas y lamentaciones en ese día en que las alegrías de la vida os son devueltas, en que vos mismo las devolvéis a la más digna mujer, al alma más bella y más tierna? No, señor, permitid que me marche.

FERNANDO. — Os lo suplico.

SEÑORA SOMMER. — ¡Ah! ¡Querría evitaros esa pena a vos y a mí!... El recuerdo de los primeros días felices de mi vida me causa una angustia mortal.

FERNANDO. — ¿No habéis sido siempre desgraciada?

SEÑORA SOMMER. — De ser así, ¿lo sería ahora hasta ese punto? (Después de una pausa, habla más libremente.) Los días de mi juventud fueron felices y alegres. Ignoro qué atractivo veían en mí los hombres; pero un gran número se desvivía por complacerme; algu-

nos me inspiraban amistad, afecto; ninguno, la idea de que yo podría pasar mi vida con él. Así se deslizó la estación feliz y florida de las distracciones, en que los días pasaban agradablemente unos tras otros. Y, sin embargo, me faltaba algo. Cuando miré más profundamente en la vida y presentí todos los dolores y alegrías que aguardan al hombre, deseé un marido cuya mano me guiara en el mundo, que, a cambio del amor que le consagraría mi juvenil corazón, se convirtiera en mi amigo fiel en la edad avanzada, fuera mi protector y ocupara el lugar de los padres a quienes habría abandonado por él.

FERNANDO. — Bien...

SEÑORA SOMMER. — ¡Encontré a este hombre! ¡Le vi! Desde el primer momento de nuestras relaciones deposité en él todas mis esperanzas. La vivacidad de su carácter me pareció unida a una tan perfecta fidelidad de corazón, que el mío se abrió a él en seguida, le concedí al mismo tiempo mi amistad, y demasiado pronto, ¡ay!, todo mi amor. ¡Dios del cielo! Cuando su cabeza reposaba sobre mi pecho, ¡cómo parecía darte gracias por el destino que le habías deparado en mis brazos! ¡Cómo huía del torbellino de las distracciones y de los negocios para regresar a mí! ¡Y cómo, en los momentos de inquietud, me apoyaba yo contra su corazón!

FERNANDO. — ¿Qué pudo turbar tan dulce unión?

SEÑORA SOMMER. — Todo pasa... ¡Ah! Estoy segura, él me amaba como yo a él. Hubo un tiempo en que él no conocía nada, no quería nada más que verme feliz, que hacerme feliz. Fue la época más deliciosa de mi vida, aquellos primeros años en que el menor disgusto, el menor tedio era un acontecimiento entre nosotros, como si aquello hubiera sido un gran pesar. ¡Ay! ¡El me acompañaba por el penoso camino de la vida para dejarme sola en un horrible desierto!

FERNANDO. (Cada vez más turbado.) — ¿Cómo es eso...? ¿Y sus sentimientos, su corazón?

SEÑORA SOMMER. — ¿Acaso podemos saber lo que palpita en el corazón de los hombres? Yo no me daba cuenta de que poco a poco todo él se volvía..., ¿cómo diré?, no más indiferente, no es ésa la palabra; me amaba siempre, sí, siempre; pero mi ternura no le bastaba. Sus deseos eran compartidos

entre yo y quizá una rival; no pude menos que repro-  
chárselo, y al fin...

FERNANDO. — ¿Fue capaz...?

SEÑORA SOMMER. — Me abandonó. El sentimiento al que me arrojó mi desgracia no tiene nombre. Todas mis esperanzas perdidas en un instante; ¡en el momento preciso en que debía recoger el fruto de aquella mi juventud que le había sacrificado! ¡Abandonada! ¡Abandonada! Todos los apoyos del corazón humano, el amor, la confianza, la estima, la posición social, una fortuna que crecía cada día, la perspectiva de una familia bien provista, todo se derrumbó a la vez. ¡Y yo, desgraciado rehén de nuestra ternura! Una sombría y fría desesperación sucedió a mis primeros y furiosos dolores: mi corazón desolado, habiendo llorado todas sus lágrimas, cayó en el abatimiento. Las penas humillantes de una desdichada abandonada y sin fortuna yo no las advertía, no las sentía, hasta que al fin...

FERNANDO. — ¡Es muy culpable!

SEÑORA SOMMER. (*Con reprimido dolor.*) — No lo es. Compadézco al hombre que se enamora de una mu-  
chacha...

FERNANDO. — Señora...

SEÑORA SOMMER. (*Intentando disimular su emoción con una dulce ironía.*) — No, ciertamente; lo considero como un prisionero que se escapa. ¿No lo decís vosotros todos los días? Es llevado de su mundo al nuestro, con el que no tiene en el fondo nada en común. Se engaña a sí mismo por algún tiempo, y ¡ay de nosotras cuando al fin se le cae la venda de los ojos! Yo no podía ser ya para él más que una buena ama de casa ocupada en gustarle, en pensar en él, dedicándole a ello con el mayor celo, consagrando todos mis días a la vigilancia de su casa, de sus hijos, y forzada, lo confieso, a ocuparme en tantas menudencias, que a menudo mi corazón y mi cabeza estarían un poco áridos, mi conversación debía parecerle a menudo monótona, y la vivacidad de su carácter podía encontrar mi trato aburrido... No, él no es culpable.

FERNANDO. (*Arrojándose a sus pies.*) — ¡Sí, lo soy!

SEÑORA SOMMER. (*Derramando un torrente de lágrimas.*)  
Mi...

FERNANDO. — ¡Cecilia! ¡Esposa mía!

CECILIA. (*Apartándose de él.*) — No, no digas: «Esposa

mía.» ¡Me has abandonado! ¡Oh, corazón mío! (*Lanzándose a su cuello.*) Fernando, quienquiera que seas, deja deslizar sobre tu pecho las lágrimas de una infortunada... Sosténme este único instante, y después abandóname para siempre. Esta no es ya tu esposa... ¡No me rechaces!

FERNANDO. — ¡Sante Dios!... ¡Cecilia!... ¡Tus lágrimas en mis mejillas! ¡Tu corazón palpitando junto al mío! ¡Perdóname! ¡Perdóname!

CECILIA. — ¡No te pido nada, Fernando...! ¡Sólo este momento...! Concede a mi corazón este desahogo del que tiene necesidad para aliviarse, para recobrar fuerzas... y te librarás después de mí.

FERNANDO. — ¡Abandonarte! ¡Ah! ¡Antes perder la vida!

CECILIA. — Volveré a verte, pero no en este mundo. Per-  
teneces a otra, de quien no te arrebataré. ¡Abre, ábreme el ciclo! ¡Una mirada hacia esa feliz lejanía, hacia esa mansión eterna!... Este es mi solo, mi único consuelo en este terrible momento.

FERNANDO. (*Cogiéndole la mano, mirándola, abrazándola.*) — ¡Nada, nada en el mundo me separará de ti! He vuelto a encontrarte.

CECILIA. — Has encontrado lo que no buscabas.

FERNANDO. — ¡Ah! ¡Calla! ¡Calla! ¡Te he buscado, a ti, mi abandonada, mi querida Cecilia! Aquí mismo, en los brazos de este ángel, no existía para mí ni alegría ni reposo; todo me traía tu recuerdo y el de tu hija, de mi Lucía. ¡Cielos propicios, qué felicidad! ¡Que esa encantadora criatura que he visto sea mi hija!... ¡Te he buscado por todas partes! Desde hace tres años voy vagando por doquier. En el lugar de nuestra morada he encontrado... ¡ay!, nuestra casa cambiada, en poder de otras manos, y el triste relato de la pérdida de tu fortuna. ¡Tu desaparición me desgarró el corazón! No hallaba ningún rastro tuyo, y, cansado de mí mismo y de la vida, tomé este uniforme y entré al servicio de otro país. Me he batido para destruir la moribunda libertad de los generosos corsos. Y ahora, después de largas y sorprendentes aventuras, aquí me tienes otra vez; en tu pecho me apoyo, querida mía, mi amada esposa. (*Entra Lucía.*)

FERNANDO. — ¡Hija mía!...

LUCÍA. — El más querido, el mejor de los padres, si-  
sois aún mi padre.

FERNANDO. — ¡Ah! ¡Siempre, para siempre!

CECILIA. — ¿Y Stella?

FERNANDO. — No perdamos un momento... ¡Infortunada!...

¿Por qué, Lucía, no nos hemos reconocido esta mañana?... El corazón me palpitaba. Ya viste con qué emoción te dejé. ¡Ah! ¿Por qué, por qué? ¡Nos habríamos ahorrado tantos pesares!... ¡Stella! A ella le habríamos evitado este dolor. Pero partamos. Voy a decirle que insistís en vuestro propósito, que estáis determinadas a alejaros, que no queréis entristecerla con vuestra despedida..., que os marcháis. Y tú, Lucía, corre a la casa de postas, y encarga tres plazas. Mi criado empaquetará mi equipaje con el vuestro... Quédate aún, mi buena y querida esposa. Y tú, hija mía, cuando todo esté dispuesto, regresa, ve al salón del jardín y espérame. Yo la dejaré, le diré que os acompaño a la casa de postas para cuidar de vuestra partida y pagar los caballos... ¡Pobre alma! ¡Me sirvo de tu bondad para engañarte! ¡Pero partamos!

CECILIA. — ¡Partir! Una sola palabra razonable.

FERNANDO. — Es preciso. Sí, querida mía, hay que partir.  
(*Cecilia y Lucía salen.*)

FERNANDO. (*Solo.*) — ¡Cómo, yo parto! Y ¿adónde? ¿Adónde? Una puñalada acabaría con todas mis angustias, y me hundiría en el anclamiento por el que ahora querría darlo todo. ¿Qué has hecho, desgraciado? Acuérdate de aquellos días llenos de felicidad en que retenías al infortunado que quería librarse de la carga de la vida. ¿Cuáles eran tus sentimientos en aquellos días felices? Y ahora... días felices..., muy felices... Si hubiera hecho este descubrimiento una hora antes, ahora estaría salvado. No la habría vuelto a ver, ella no me habría vuelto a ver; habría podido decirle: «En cuatro años ha tenido tiempo de olvidarme; sus penas han sido endulzadas.» Pero ahora, ¿cómo aparecer ante ella? ¿Qué decirle? ¡Oh, mis faltas, mis faltas!... ¡Cuán cruelmente pesáis sobre mí en este momento! ¡Abandonar a esas dos queridas criaturas! ¡Y yo, en el momento en que las encuentro de nuevo, renunciar a mí mismo!... ¡Oh, miseria! ¡Oh, corazón mío!

## ACTO CUARTO

### *Ermita en el jardín de STELLA*

STELLA. (*Sola.*) — ¡Reluces siempre con ostentación, con más ostentación que nunca, querido lugar de ese reposo eterno tan deseado! Pero no ofreces ya interés para mí; tiemblo al contemplarte; fría tierra, al contemplarte me hielo. ¡Ah! ¡Cuántas veces, en las horas de ensueño, la imaginación envolvió mi cabeza y mi pecho con el sombrío velo de la muerte! ¡Cuántas veces me dejé arrastrar sin resistencia hasta tus profundidades, para ocultar en tu seno mi corazón consumido por el dolor! Entonces, ¡oh, destrucción!, tu mano poderosa, al secar este corazón oprimido, este corazón que desbordaba sentimientos, al disolver toda mi existencia en un dulce sueño, habría realizado mis más queridos deseos. ¡Y ahora, sol del cielo, vienes a lucir ante mis ojos, tan radiante, tan puro, trayéndome tantas alegrías! ¡El regresa! Y, de pronto, una nueva creación me rodea; una nueva vida me anima, y una nueva vida resplandeciente y cálida que quiero beber en sus labios... ¡Para él, por él, con él, siempre con la misma fuerza! ¡Fernando! Viene... no, aún no. Aquí es donde me encontrará, cerca de este altar cubierto de rosas, en medio de mis rosales. Voy a coger para él este capullo; le espero aquí, y le conduciré después al cenador. Al construirlo tan estrecho, ¿no he hecho bien sin embargo disponiendo dos plazas? Aquí tenía yo mi libro, aquí mi escritorio. ¡Adiós, libro y escritorio!... Pero, ¿por qué no llega? Abandonarme así en seguida. ¿Le he perdido de nuevo? ¿Ha realmente venido? (*Entra Fernando.*) ¿Dónde te has quedado, alma mía? ¿Dónde estabas? Hace rato, mucho rato que estoy sola. (*Con inquietud.*) Pero ¿qué tienes?

FERNANDO. (*Entrando.*) — Estas mujeres me han emocionado. La madre es una buena mujer, pero no quiere quedarse. No da ninguna razón y quiere partir. Hay que dejarla libre, Stella.

STELLA. — Si es imposible hacerla cambiar de opinión, no quiero retenerla contra su voluntad. Antes, Fernando, tenía necesidad de compañía, pero ahora (*lan-*

zándose a sus brazos), ahora, Fernando, te tengo ¿no es cierto?

FERNANDO. — Cálmate.

STELLA. — Déjame llorar. Querría que este día hubiera pasado. Tiemblo aún de la cabeza a los pies. ¡Oh, alegría, todo, inesperadamente, a la vez, tú, Fernando! ¡Y apenas, apenas..., no voy a resistirlo!

FERNANDO. (*Aparte.*) — ¡Ah! ¡Desgraciado! ¡Abandonarla! (*Alto.*) Déjame, Stella.

STELLA. — ¡Es tu voz, tu querida voz! ¡Stella! ¡Stella! Bien sabes con qué placer te oía pronunciar este nombre: ¡Stella! Nadie lo pronuncia como tú; el alma entera del amor está en ese sonido. ¡Cómo está presente el recuerdo de aquel día en que lo pronunciaste por primera vez, en que mi felicidad comenzó en tu corazón!

FERNANDO. — ¡Tu felicidad!

STELLA. — Creo, en verdad, que quieres hacer un examen serio de nuestra vida, que quieres contar las horas de doer que por ti he pasado; deja, deja todo esto, Fernando. Desde el momento en que te vi por nueva vez, ¡cómo cambió todo en mi alma! ¿Te acuerdas de aquella tarde en el jardín de mi tío, cuando tú viniste a nosotros? Estábamos sentados bajo los castaños, detrás de la finca.

FERNANDO. (*Aparte.*) — Me va a desgarrar el corazón. (*Alto.*) Lo recuerdo, querida Stella.

STELLA. — ¡Cuándo viniste a nosotros! Ignoro si notaste que desde el primer instante habías cautivado toda mi atención. Yo noté al menos que tus ojos me buscaban siempre. ¡Ah, Fernando!... Fue entonces cuando mi tío comenzó la música. Tú cogiste un violín, y, mientras tocabas, mis miradas permanecían insistentemente fijas en ti: espiaba cada rasgo de tu rostro y, en las pausas inesperadas, tus ojos se dirigían a mí y encontraron a los míos. ¡Cómo me ruboricé! ¡Cómo volví la vista! Todo esto no se te escapó, Fernando. Yo veía perfectamente que a menudo perdías de vista el cuaderno; a menudo perdías el compás y lo hacías perder a mi tío. Cada una de tus falsas notas, Fernando, penetraba hasta lo más hondo de mi corazón. Era la más dulce confusión que haya experimentado en mi vida. Por todo el oro del mundo no te habría mirado a la cara; necesitaba aire y salir.

FERNANDO. — ¡Hasta la menor circunstancia! (*Bajo.*) ¡Desdichado recuerdo!

STELLA. — ¡Me sorprende a mí misma ver cómo te quiero, cómo siempre, cerca de ti, me olvido enteramente de todo! Todos los recuerdos de nuestro amor están tan vivos para mí como si sucedieran hoy mismo. ¡Ah, sí! ¡Cuántas veces me he repetido a mí misma estos detalles tan queridos! ¡Cuántas veces, Fernando! ¡Cómo me buscabas, cómo recorrías el bosque, llevando del brazo a mi amiga, a la que habías conocido la primera! Ella llamaba: «¡Stella!», y tú repetías después: «¡Stella! ¡Stella!» Apenas te había oído hablar y reconocía tu voz. ¡Y cuando os hubisteis reunido conmigo, tú me cogiste las manos! ¿Quién era el más confuso, tú o yo? El uno ayudaba al otro, y desde aquel momento mi buena Sara me decía..., me decía aquella misma tarde: «¡Todo se ha encontrado!»... ¡Y qué felicidad en tus brazos! ¡Si mi Sara pudiera ver mi felicidad! Era una excelente criatura. Lloraba por este amor tan profundo, tan incurable. ¡Qué dulce habría sido para mí traerla conmigo cuando lo dejé todo por ti!

FERNANDO. — ¿Cuándo lo dejaste todo?

STELLA. — Pareces sorprendido. ¿Acaso no es cierto? ¿O pensarías que en boca de Stella estas palabras pudieran ser un reproche? No, no he hecho nada por ti...

FERNANDO. — ¡Dios mío!... ¡Tu tío, que te amaba como un padre, que te llevaba en su corazón, que no tenía otra voluntad que la tuya! ¡Abandonarle! ¿Esto no era nada? Y aquella fortuna, aquellos bienes que eran todos para ti, que debían pertenecerte, ¿no era nada? ¡Y aquellos lugares en que habías nacido, en que habías pasado tu juventud, en que habías sido feliz! ¡Tus compañeras...!

STELLA. — Todo esto sin ti, Fernando, ¿qué era, qué era comparado con tu amor? Cuando él se apoderó de mi alma, sólo ese día comencé yo a vivir. Debo confesártelo, en las horas solitarias, yo me decía a menudo: «¿Por qué no gozar con él de tantos bienes? ¿Por qué huir? ¿Por qué no quedarnos en posesión de todo esto? ¿Acaso mi tío le habría negado mi mano? No. Entonces, ¿por qué huir?» Pero no, yo encontraba bastantes excusas para ti, ellas no podían faltarme. «¿Y si sólo fuera un capricho? — me decía, pues vosotros tenéis un buen número de ellos —; ¿si sólo fuera el capricho de arrebatarse lo que él ama,

como una presa? ¿Si fuera el orgullo de poseerla sola, sin dote, sin nada?» Ya puedes pensar que el mío era bastante interesado en creer lo mejor. En fin, yo quería, e hice tu felicidad.

FERNANDO. -- Yo no podría tenerla.  
(*Entra Anita.*)

ANITA. -- Excusad, señora. ¿Cuánto tardaréis, señor capitán? Todo está empaquetado y sólo se os espera a vos. La señorita ha acudido y ha dado orden de partir hoy; tenía tanta prisa como no os podéis figurar. Y ahora, ¿qué esperáis?

STELLA. -- Ve, Fernando, ve, lívalas allá; paga las postas, pero regresa inmediatamente.

ANITA. -- ¿Es que no partís con ellas? La señorita ha encargado postas para tres, y vuestro criado ha hecho vuestro equipaje.

STELLA. -- Fernando, ¿es un error?

FERNANDO. -- ¿Qué quiere decir esta muchacha?

ANITA. -- ¿Lo que quiero decir? ¡Ah! ¡Verdaderamente, es muy curioso! ¿Que el señor capitán deje a la señora para partir con aquella muchacha! Sólo las conoce de haberse sentado con ellas a la mesa. Y os habéis despedido de ella muy tiernamente, a los postres, cuando le habéis besado la mano.

STELLA. (*Confusa.*) -- ¡Fernando!

FERNANDO. -- Es una chiquilla.

ANITA. -- No le creáis, señora; el equipaje está hecho, y el señor parte con ellas.

FERNANDO. -- ¿Adónde? ¿Adónde?

STELLA. -- Déjanos, Anita. (*Anita sale.*) Sácame de la más cruel confusión; nada temo, y sin embargo la charlatanería de esta muchacha me inquieta. ¡Estás emocionado, Fernando...! ¡Soy tu Stella!

FERNANDO. (*Girándose y cogiéndole las manos.*) -- ¡Eres mi Stella!

STELLA. -- ¡Me asustas, Fernando! ¡Tus ojos están extrañados!

FERNANDO. -- Stella, soy un miserable y un cobarde; en tu presencia pierdo todas las fuerzas. ¡Huir! ¿Pienzas que voy a tener corazón para hundirte el puño en el pecho? ¿Cómo habría de tenerlo para asesinarte en secreto, para envenenarte? ¡Stella!

STELLA. -- ¡En nombre de Dios!

FERNANDO. (*Con vigor, pero temblando.*) -- ¡Y sólo por no ver su desgracia, por no oír su desesperación!... ¡Huir!...

STELLA. -- Ya no puedo sostenerme.

(*Se apoya en él.*)

FERNANDO. -- ¡Stella! ¡Tú, a quien tengo en mis brazos! ¡Stella! ¡Tú, que lo eres todo para mí! ¡Stella! (*Friamente.*) Te abandono.

STELLA. (*Con risa forzada.*) -- ¡A mí!

FERNANDO. (*Rechinando de dientes.*) -- ¡A ti! ¡Por esta mujer, por esta muchacha que has visto!

STELLA. -- ¡Qué horrible noche!

FERNANDO. -- ¡Esta mujer es mi esposa! (*Stella le mira con los ojos fijos y deja caer sus brazos.*) ¡Y esta muchacha, es mi hija! (*Advierte que ella se ha desmayado.*) ¡Stella! (*La conduce a un asiento.*) ¡Stella! ¡Socorro!

(*Cecilia y Lucía llegan.*)

FERNANDO. -- ¡Ved a este ángel, se muere! ¡Venid! ¡Ah! ¡Socorro!

(*Se apresuran a acercarse a ella.*)

LUCÍA. -- Ya vuelve en sí.

FERNANDO. (*Mirándola con estupor.*) -- ¡Eres tú! ¡Eres tú! (*Sale.*)

STELLA. -- ¿Quién? ¿Quién? (*Se incorpora.*) ¿Dónde está? (*Cae de nuevo y mira a las dos mujeres ocupadas en torno a ella.*) ¡Gracias! Os lo agradezco... ¿Quiénes sois?

CECILIA. -- Tranquilizaos, somos nosotras.

STELLA. -- ¡Vosotras! ¿No habíais partido? ¿Sois vosotras...? ¡Dios mío, quién me lo hubiera dicho! ¿Quién eres tú? ¿Eres...? (*Cogiendo a Cecilia por la mano.*) No, este pensamiento está por encima de mis fuerzas.

CECILIA. -- ¡Buena Stella, ángel del cielo, contra mi corazón te estrecho!

STELLA. -- Pero dime; el golpe me ha llegado hasta el fondo de mi alma: dime, ¿eres tú...?

CECILIA. -- Soy..., soy su esposa.

STELLA. (*Levantándose de pronto y cubriéndose el rostro con las manos.*) -- ¡Y yé! (*Corre de un lado para otro.*)

CECILIA. -- Venid a vuestra habitación.

STELLA. -- ¿Por qué me recuerdas ese lugar horrible? ¡Horrible! Estos árboles que he plantado, que he cuidado, ¿por qué todo esto se me vuelve de pronto tan detestable? ¡Rechazada! ¡Perdida! ¡Perdida para siempre! ¡Fernando! ¡Fernando!

CECILIA. -- Ve, Lucía, ve a buscar a tu padre.

STELLA. — ¡Ah! ¡Por piedad, detente, detenle, que no venga! ¡Aléjate!... ¡Padre!... ¡Esposo!...

CECILIA. — ¡Tierna y querida amiga!

STELLA. — ¡Tú me amas! ¡Tú me estrechas contra tu pecho! ¡No, no, déjame! ¡Recházame! (*Se lanza a su cuello.*) Un instante aún. ¡Poco me queda ya! ¡Ah! ¡Mi corazón, mi corazón!

CECILIA. — ¡Descansad, señora mía!

STELLA. — No puedo soportar vuestra presencia. He envenenado vuestra vida, os lo he arrebatado todo. ¡Vosotras, tan desgraciadas, y yo, qué felicidad en sus brazos! (*Se lanza de rodillas.*) ¿Podéis perdonarme?

(*Cecilia y Lucía intentan levantarla.*)

CECILIA. — ¡Ah! ¡Dejad, dejad!

STELLA. — No, quiero permanecer prosternada; quiero rogar, gemir, pedir perdón a Dios, a vosotras. ¡Perdón!... (*Se levanta.*) Perdonadme, consoladme: yo no soy culpable. ¡Tú me lo diste, Dios del cielo! Yo lo he conservado como un precioso don de tu mano. Abandonadme. Mi corazón está destrozado.

CECILIA. — ¡Inocente y querida criatura!

STELLA. (*Abrazándose a ella.*) — Leo en tus ojos, en tus labios, palabras celestiales. ¡Sostenme, ayúdame a soportarme, que perezco! ¡Ella me perdona! ¡Ella comprende mi miseria!

CECILIA. — Hermana mía, mi querida hermana, vuelve en ti, recobra un momento tus sentidos. Piensa que aquel que pone en nuestros corazones esta sensibilidad, fuente de tantas penas, bien podrá preparar para ellas consuelo y ayuda.

STELLA. — Déjame morir en tu pecho.

CECILIA. — Venid.

STELLA. (*Caminando con aire extraviado.*) — ¡Dejadme todos!... Se eleva en mi alma un mundo de pensamientos tumultuosos y tristes que la llenan de indescibibles angustias. ¡Es imposible! ¡Imposible! ¡Tantas cosas a la vez! ¡No puedo comprenderlas, no puedo soportarlas!

(*Clava los ojos en el suelo en un profundo silencio, se perque. los levanta, mira a las dos mujeres y huye lanzando un grito.*)

CECILIA. — ¡Ve tras ella, Lucía, y vigíla! (*Lucía sale.*)  
¡Oh, Providencia, dirige tu mirada protectora sobre tus hijos! ¡Contempla su turbación y su miseria! ¡He aprendido tanto sufriendo!... Dame fuerzas, y si este nudo tiene que ser desatado, Dios de los cielos, no permitas que se rompa.

## ACTO QUINTO

### Gabinete de STELLA

Claro de luna. STELLA sujeta el retrato de FERNANDO e intenta separarlo del marco

STELLA. (*Sola.*) — ¡Oh, densa oscuridad de la noche, envuélveme, sostenme, guíame! Ignoro dónde voy... Debo, quiero ir a perderme en un mundo alejado, desconocido. Pero ¿adónde? ¿Adónde? ¡Desterrada de estos lugares queridos, donde tu luz incierta, oh luna, ilumina la copa de mis árboles! ¡No podré ya vagar ahí donde tú arrojas sobre la tumba de mi adorada Mina una sombra llena, para mí, de encanto y de dolor, ahí donde se conservan todos los tesoros de mi vida, mis divinos recuerdos!... ¡Y tú, a quien tan a menudo he rociado con religiosas lágrimas, oh lugar de mi tumba, tú, a la que yo consagraba a mi eterno descanso, en torno a la cual se acumulaban todas mis alegrías y todas mis penas, donde en mi desamparo esperaba errar como una sombra y gozar desmayadamente del pasado! ¡Ser así desterrada lejos de ti! ¡Desterrada!... ¡Te vuelves insensible, Stella! ¡Dios sea loado! ¡Tu cabeza está asolada y no puedes ya darte cuenta del significado de esa palabra: desterrada!... Te vuelves insensata... ¡Oh, la cabeza me da vueltas! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Ya no es volveré a ver! Hay en este sentimiento algo mortal... No volveros a ver... ¡Parte, Stella! (*Coge el retrato.*) Y a ti, ¿debo también dejarte? (*Coge un cortaplumas y empieza a arrancar los clavos.*) ¡Que no esté aún vacía de pensamientos! ¡Que no esté sumida en un inerte sueño! ¡Que no esté ahogada en lágrimas eternas! ¡Infortunada Stella!... Pero lo que es, no puede

verse cambiado. (*Girando el retrato hacia la luna.*) ¡Ah, Fernando! Cuando viniste a mí, cuando mi corazón se lanzó junto al tuyo, ¿no sentiste mi confianza en tu fidelidad, en tu bondad? ¿No sentiste qué santuario se abrió para recibirte, cuando yo te abrí mi corazón? ¡Y no temblaste! ¡Y tus fuerzas no te abandonaron! ¡Y no emprendiste la huida!... ¿Cómo pudiste destrozar así, por pasatiempo, mi felicidad, mi inocencia y mi vida? ¡Destrozarlas y lanzarlas a lo lejos, sin conservar de ellas el mínimo recuerdo! ¡Alma noble! ¡Sí, alma noble! ¡Mi juventud, mi edad dorada! ¡Y tú llevabas en el fondo de tu corazón semejante perfidia! ¡Una esposa! ¡Una hija! ¡Yo!... Mi alma era libre y pura como una mañana de primavera... Todo, todo era esperanza. ¿Dónde estás, Stella? (*Mirando el retrato.*) ¡Este aspecto tan altivo, tan apuesto! ¡Ah! ¡Esta mirada es lo que me ha perdido! ¡Te odio!... ¡Lejos de mí!... ¡Tan radiante, tan amable! No, no. ¡Ah, traidor!... ¡Eso has sido para mí! ¡Para mí! ¡Tú, para mí! (*Dirige el cortaplumas contra el retrato.*) ¡Fernando! (*Se gira y el cortaplumas cae; se arroja al suelo derramando un torrente de lágrimas y apoyándose en un sillón.*) ¡Ah, querido, querido! ¡No puedo! ¡No puedo!

(*Un Criado entra.*)

CRIADO. — Señora, vuestras órdenes han sido ejecutadas; los caballos están en la puerta falsa del jardín, y vuestro equipaje está hecho. No os olvidéis de llevar dinero.

STELLA. — Arranca ese retrato. (*El Criado coge el cortaplumas, separa el retrato del marco y lo enrolla.*) Aquí está el dinero.

CRIADO. — Pero ¿por qué?

STELLA. (*Fermece un momento silenciosa y mira a su alrededor.*) — Vamos. (*Sal.*)

### Salón

FERNANDO. — ¡Dejadme, dejadme! ¡Heme aquí de nuevo presa de terrible desesperación! Todo es tan frío, tan espantoso, que es como si el mundo no existiera ya para mí. ¡Ah! No existe para mí más que por mis culpas. ¡Y ellas...! Pero ¿no soy yo más miserable aún? ¿Qué pueden ellas pedirme? ¿Cuándo se deja de sentir? ¡Voy lanzado de un extremo a otro, atr-

vesado en un sentido y en otro, por angustias cada vez más afrentosas! (*Se golpea la frente.*) ¿Dónde y cómo terminará al fin todo esto? Nada delante de mí, nada detrás; en ninguna parte encuentro ayuda ni consejo. ¿Y esas dos, esas tres criaturas, las mejores de su sexo? ¡Desgraciadas por mí! ¡Desgraciadas sin mí! ¡Más desgraciadas aún conmigo! ¡Si al menos pudiera quejarme, desesperarme, pedir perdón! ¡Si pudiera pasar una hora en la más oscura esperanza, arrojarme a sus pies y aliviar mis crueles angustias compartiendo las suyas!... ¿Dónde están? Stella, estás prosternada en tierra, tu mirada moribunda se alza a los cielos y les dices entre sollozos: «¡Ah, pobre flor! ¿Por qué crimen he merecido ser aplastada así con el peso de tu cólera? ¿Qué había hecho yo para que me enviaras a ese miserable?» ¡Cecilia, esposa mía! ¡Oh, esposa mía! ¡Dolor! ¡Profundo dolor!... ¡Cuánta ventura se junta para hacerme desventurado! ¡Esposo, padre, amante!... ¡Las mejores, las más sublimes criaturas eran tuyas! ¡Tuyas! ¿Puedes comprender esa triple e indecible felicidad? ¡Y es ella la que se apodera de tu ser y lo desgarras! Cada una de ellas te reclama por entero. ¿Y yo? ¡Qué precipicio! ¡Qué abismo! ¡Ella será una desdichada para siempre! Stella, sí, sin duda eres desdichada. ¡Ah! ¡Cuántos bienes te he arrebatado! ¡La conciencia de ti misma, tu juventud, tu vida!... ¡Stella!... ¡Y yo permanezco frío! (*Coge de la mesa una pistola.*) ¡En todo caso...!

(*Carga la pistola. Cecilia entra.*)

CECILIA. — Querido mío, ¿qué hacemos? (*Ve las pistolas.*) ¿Pensabas dejarnos? (*Fernando guarda las pistolas.*) Fernando, me pareces más tranquilo. ¿Es posible decirte una palabra?

FERNANDO. — ¿Qué quieres, Cecilia? ¿Qué quieres, esposa mía?

CECILIA. — No me llames así antes de que te haya hablado. Nos encontramos sin duda en una terrible situación: ¿Se puede salir de ella? He sufrido demasiado para no ser capaz de una firme resolución. ¿Me oyes, Fernando?

FERNANDO. — Te escucho.

CECILIA. — ¡Que tu corazón me comprenda! No soy más que una mujer, una mujer triste, dolorida; pero mi alma está llena de firmeza. Fernando, he tomado ya partido: te dejo.

FERNANDO. (*En tono irónico.*)— ¡Así se hace!

CECILIA. — ¿Crees que hay que despedirse sin una explicación de aquello que se ama?

FERNANDO. — ¡Cecilia!

CECILIA. — No te hago ningún reproche, y no pienso que mi sacrificio sea tan grande como pueda parecer. Hasta aquí he deplorado tu pérdida, me he consumido de dolor por lo que yo no podía cambiar. Vuelvo a encontrarte y tu presencia me inspira nueva vida, nuevas fuerzas. Fernando, comprendo que mi amor por ti no es interesado; no es la pasión de una amante que lo daría todo por poseer al objeto de sus deseos. Fernando, mi corazón está lleno de ti; pero es el sentimiento de una esposa que, por la fuerza de su mismo amor, es capaz de renunciar a su amor.

FERNANDO. — ¡Nunca! ¡Nunca!

CECILIA. — ¿Estás loco?

FERNANDO. — ¡Me martirizas!

CECILIA. — Es preciso que seas feliz. Yo tengo a mi hija, y tendré un amigo en ti. Nos separaremos, pero no por ello estaremos menos unidos. Viviré lejos de ti, pero seré testigo de tu felicidad. Quiero ser tu confidente, y tú derramarás en mi pecho tus alegrías y tus pesares. Tus cartas serán mi vida, y las mías serán para ti como una visita querida. Así serás siempre niño, y no estarás ya exilado con Stella en un rincón del mundo; nos amaremos y compartiremos nuestras alegrías. Vamos, Fernando, dame tu mano en prenda de este acuerdo.

FERNANDO. — Si es una broma, es demasiado cruel; y si es en serio, es incomprensible... Sea lo que fuere, querida mía, el frío buen sentido no anula la dificultad. Lo que dices es hermoso, es grande, pero ¿quién no advierte que debajo hay algo escondido, que tú no te engañas a ti misma, cuando haces callar sentimientos crueles mediante consuelos imaginarios y brillantes? No, Cecilia; no, esposa mía; eres mía, y yo sigo siendo tuyo... ¿De qué sirven las palabras? ¿Qué necesidad tengo de decirte ahora los porqués? Los porqués serían quizá otras tantas mentiras. Seguiré siendo tuyo, o...

CECILIA. — ¡Muy bien!... ¿Y Stella? (*Fernando está fuera de sí; se pasea sin cesar con aire extraviado.*) ¿Quién se engaña? ¿Quién ahoga sus gemidos mediante con-

suelos fríos, pasajeros, que no siente ni piensa? Sí, vosotros, hombres, deberíais conocerlos mejor.

FERNANDO. — No afectes esta calma... ¡Stella! ¡Ah, ella es desgraciada! Apurará sus quejas lejos de mí, lejos de ti. ¡Déjala, déjala, pues!

CECILIA. — Creo que la soledad hará bien a su corazón; su ternura encontrará melancólicas alegrías al saberlos reunidos. Ahora se hace amargos reproches. Si yo te abandono, me creará más desdichada de lo que seré en realidad, pues me juzgará por ella misma... No podría ya vivir tranquila, ni amar; dejaría de ser esta alma angélica si supiera que su felicidad me la había robado a mí. Vale más para ella...

FERNANDO. — Déjala huir, déjala retirarse en un convento.

CECILIA. — Pero, una vez más, si tal es mi pensamiento, ¿por qué se ha de sepultar viva? ¿Qué ha hecho para ahogar en una tumba al dolor, la desesperación y los gemidos, enterrando sus más hermosos años, los días de la cosecha de todas las esperanzas formadas en la primera edad? Separada de su universo, separada de aquel a quien adora, de aquel que le ama. ¿No es verdad, Fernando, que la amas?

FERNANDO. — ¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Eres acaso un espíritu maligno en figura de mi esposa? ¿Adónde llevas mi corazón? ¿Por qué desgarias aún más lo que ya está lacerado? ¿No estoy ya bastante abrumado y deprimido? ¡Ah, por favor, abandóname a mi suerte, y que Dios tenga piedad de vosotras!

(*Se deja caer en un sillón.*)

CECILIA. (*Se acerca a él y le coge una mano.*)— Escucha... Había un conde... (*Fernando quiere levantarse y ella le retiene.*) Había un conde alemán a quien el sentimiento de un piadoso deber condujo lejos de su esposa y de su país, hasta Tierra Santa.

FERNANDO. — ¡Ah!

CECILIA. — Era hombre valiente. Amaba a su mujer; le recomendó el cuidado de su casa, la abrazó y partió. Atravesó muchos países, luchó y fue hecho prisionero. La hija de su señor tuvo piedad de su esclavitud: rompió sus cadenas y huyeron. Ella le acompañó durante todos los peligros de la guerra... ¡Qué dulce escudero! Por fin, coronado por la victoria, piensa en el regreso. Vuelve junto a su noble mujer... Pero ¿y la muchacha? Comprendió todos los derechos de la humanidad; los creyó sagrados, y la llevó con él. Y he aquí que su esposa, aquella activa

ama de casa, acude a recibir a su esposo. Su fidelidad, su confianza en él, sus esperanzas son recompensadas: está al fin en sus brazos. El caballero se lanza orgulosamente de su caballo sobre la tierra que le ha visto nacer; sus criados depositan el botín a los pies de su esposa, y ella se prepara a acomodarlo en los armarios, a adornar su castillo, a hacer regalos a sus amigos. «Querida mía, mi noble esposa, el mayor tesoro no ha llegado aún... «¿A quién veo cubierto con un velo que se acerca con el séquito?» La muchacha desciende suavemente del caballo. «Mira —dice el conde cogiéndola de la mano y presentándola a su esposa—, mira, contempla todo esto y contéplala a ella. Recíbela de mis manos y recíbeme de las tuyas. Ella hizo caer las cadenas de mi cuello, ella dominó los vientos, me salvó, me sirvió, ella veló por mí. ¿Cuánto no le debo? Mírala aquí... Recompénsala. (Fernando solloza, apoyado y con los brazos extendidos sobre la mesa.) La fiel esposa se lanza al cuello de la muchacha y exclama derramando un torrente de lágrimas: «¡Toma todo lo que puedo darte! ¡Toma la mitad de lo que te pertenece por entero! ¡Tómalo todo y déjame lo todo! Cada una puede poseerlo sin quitárselo a la otra...» La mujer se lanza al cuello de su marido. «¡Tuyas somos!» Las dos le cogen de la mano y se abrazan a él. ¡Y el gran Dios de los cielos se regocijó con aquel amor, su santo vicario en la tierra lo santificó con su bendición, y su felicidad, su ternura, tuvieron por escenario la misma morada, el mismo lecho, la misma tumba!

FERNANDO. — ¡Dios del cielo, qué rayo de esperanza!  
(Cae otra vez.)

CECILIA. (Abriendo la pueria del gabinete y gritando.) — ¡Ahí está ella! ¡Nuestra es! ¡Stella!

FERNANDO. — ¡Dejadme, dejadme!  
(Intenta irse.)

CECILIA. — Espera, escúchame.

FERNANDO. — Ya hemos hablado bastante. Dejadme. En este momento no soy capaz de soportar vuestra doble presencia.  
(Sale.)

CECILIA, después LUCÍA, después STELLA

CECILIA. — ¡Infortunada! ¡No ha querido hablar! ¡El ha opuesto sin cesar el silencio a los esfuerzos de mi ternura! ¡Y ella!... Sin embargo tengo que triunfar. (Se dirige hacia la puerta.) ¡Stella, escúchame, Stella!

LUCÍA. — ¡No la llames! Está descansando; su dolor le ha dejado un instante de respiro. Sufre mucho; temo mucho, madre mía, temo mucho que se muera.

CECILIA. — ¿Qué dices?

LUCÍA. — ¡Tengo miedo de que lo que tomó no sea lo indicado para curarla!

CECILIA. — ¿Fracasarán mis esperanzas? ¡Ojalá te equivoques! ¡Es horrible, es horrible!

STELLA. (Compareciendo en la puerta.) — ¿Quién me llama? ¿Por qué me despertáis? ¿Qué hora es? Es muy temprano.

LUCÍA. — No es temprano; se acerca la noche.

STELLA. — Sí, eso es, la noche se acerca para mí.

CECILIA. — ¡Y es así como nos engañabas!

STELLA. — ¿Quién te engañaba? ¿No eras tú misma?

CECILIA. — Yo quería conservarte, lo esperaba.

STELLA. — Ya no puedo permanecer más tiempo aquí.

CECILIA. — ¡Ah! ¡Yo habría debido dejarte partir, huir hasta el fin del mundo!

STELLA. — ¡Sí! ¡Estoy en el fin!

CECILIA. (A Lucía que, durante este diálogo, ha estado corriendo locamente de un lado para otro.) — ¿Por qué titubeas? ¡Corre, pide auxilio!

STELLA. (Reteniendo a Lucía.) — ¡No, quédate! (Se apoya en las dos mujeres y da algunos pasos hacia delante.) Esperaba seguir de vuestro brazo el camino de la vida, y no me conduce más que a la tumba.

(Ellas la llevan lentamente hasta un asienso colocado a la derecha de la escena.)

CECILIA. — ¡Aprisa, Lucía! ¡Rápido! ¡Auxilio! ¡Auxilio!  
(Sale.)

STELLA, CECILIA, después FERNANDO, y después LUCÍA

STELLA. — No tengo necesidad de auxilio.

CECILIA. — ¡No es esto lo que yo aguardaba! ¡No es esto lo que yo esperaba!

STELLA. — Eres buena, has sufrido y has esperado.

CECILIA. — ¡Qué horrible situación!

STELLA. — Profundas son las heridas de la suerte, pero curables. Las que un corazón hace a otro corazón,

las que el corazón se hace a sí mismo, ésas son incurables, y así... me muero.

FERNANDO. (*Entrando.*)—¿Exageraba Lucía, o bien la noticia es cierta? Si es cierta, Cecilia, maldigo tu magnanimidad.

CECILIA.—¡No me reproches haber tenido corazón! Nuestra honestidad no es responsable de las consecuencias a que conduce. Sálvala, vive aún, todavía nos pertenece.

STELLA. (*Alzando los ojos y estrechando la mano de Fernando.*)—¡Bien venido! Dame la mano, y tú (*dirigiéndose a Cecilia*) dame la tuya. «Todo por el amor» fue la divisa de mi vida. ¡«Todo por el amor» será mi epitafio! En los momentos felices llamamos y nos comprendemos. (*Intenta acercar las manos de los dos esposos.*) ¡Así, pues, dejadme callar! (*Se desmaya sobre su brazo derecho, que está extendido sobre la mesa.*)

FERNANDO.—¡Sí, callaremos, Stella!

(*Lleva lentamente su mano izquierda hasta la mesa.*)

CECILIA. (*Agitada.*)—¡Lucía no viene, nadie viene! ¿Acaso es esta casa un desierto? ¡Vamos, Fernando, aún vive! ¡Muchas veces se ha visto a personas escapar de la tumba! ¡Fernando, vive aún, y todo nos abandona! ¡Ni un médico, ni una poción! ¡Sin embargo hay en el cielo alguien que nos escucha! (*Se arroja junto a Stella.*) ¡Oyeme, Dios mío, óyeme! ¡Consérvala, no la dejes morir! (*Fernando coge la pistola de la mesa y sale lentamente. Cecilia, siempre de rodillas, coge la mano izquierda de Stella.*) ¡Sí, vive aún, su mano, su querida mano, está aún caliente! ¡No te abandonaré, te retendré con toda la fuerza de mi fe y de mi amor! ¡Sí, una ferviente plegaria tiene más poder que un remedio terrenal! (*Se levanta y da la vuelta.*) ¡El ha partido, desolado, desesperado! ¿Adónde ha ido? Con tal de que no haya tomado una suprema resolución... ¡Corro junto a él! (*Al disponerse a salir, se vuelve hacia Stella.*) ¡Y dejarla sola aquí! ¡Gran Dios, en este terrible momento, yo estoy aquí entre dos seres a los que no puedo unir ni separar! (*Se oye en la lejanía un disparo.*) ¡Dios mío!

(*Se precipita hacia donde sonó el disparo.*)

STELLA. (*Incorporándose penosamente.*)—¿Qué es eso? Cecilia, ¿por qué te alejas? ¡Acércate, no me abandones! ¡Oh, angustia! ¡Vec correr sangre! ¿Es la mía?

No, no es mi sangre, yo no estoy herida, sino mortalmente enferma... Y sin embargo, ¡es mi sangre!

LUCÍA. (*Acudiendo.*)—¡Auxilio, madre mía, auxilio! He corrido por todas partes, he enviado correos para traer al médico. ¡Pero más necesitamos otros auxilios! ¡Mi padre ha muerto de su propia mano, bañado en su sangre! (*Cecilia quiere salir y Lucía la retiene.*) No vayáis allí, madre mía; ese espectáculo no hará más que aumentar vuestra desesperación.

STELLA. (*Que lo ha escuchado todo con atención, coge la mano de Cecilia.*)—¡Ved, pues, lo que ha sucedido! (*Se levanta apoyándose en Cecilia y en Lucía.*) Vayamos junto a él, me siento más fuerte. Es allí donde quiero morir.

CECILIA.—Vacilas, tus piernas no pueden llevarte; nosotras no tenemos fuerzas para sostenerte, pues yo también estoy herida.

STELLA. (*Cayendo en el sillón.*)—¡Ve, pues, tú sola junto a él, que te pertenece! Recoge su último suspiro; es tu esposo. ¿Vacilas? Te lo ruego, te lo suplico. ¡Tu presencia me turba! ¡Piensa que está solo! ¡Ve! (*Cecilia sale rápidamente.*)

LUCÍA.—¡Yo no te abandono, yo me quedo junto a ti!

STELLA.—No, Lucía, si quieres hacerme un gran bien, sigue a tu madre. ¡Ve! ¡Ve! ¡Déjame! El amor ha replegado sus alas, y no me lleva ya hasta él. Tú eres joven y estás viva. El deber tiene que actuar cuando el amor permanece inmóvil. Ve junto a aquel a quien perteneces, es tu padre. ¿Sabes lo que esto significa? Parte, si no quieres aumentar mi sufrimiento. (*Lucía se aleja lentamente. Stella se desploma.*) ¡Y yo muero sola!

CAE EL TELON